

El mito del Centro
MICHAEL HAERDTER

La tarea que esta conferencia se ha propuesto es enorme. Nuestras grandes ciudades son "laboratorios de civilización", "vivieron la Utopía y sufrieron la destrucción de la Utopía a la vez", por citar a Ulrich Beck, un sociólogo alemán) El futuro de nuestro mundo se aborda, planifica, realiza y eventualmente se pierde en nuestras ciudades. En contradicción o en adaptación creativa de sus reclamos concretos de eternidad, nuestras ciudades son fenómenos de cambio constante, como espejos de nuestras sociedades también en incesante cambio. Es más, las ciudades son, y lo serán cada vez más, el ámbito en el que tienen lugar mutaciones fundamentales y donde se vuelve visible que somos los actores y las víctimas de esas mutaciones, que estamos acostumbrados a denominar viraje de paradigmas o cambio de nuestros códigos culturales.

Berlín tal vez sea un objeto de investigación particularmente gratificante eipe Stadt, die niemals ist, sondern stets wird: una ciudad que nunca es, sino que siempre deviene o cambia, como dice uno de los lemas de la ciudad. Berlín representa con frecuencia y simultáneamente los principales agentes y movimientos antagónicos de los siglos XIX y XX: burguesía y proletariado; nacionalismo, internacionalismo y cosmopolitismo; monarquía y democracia; capitalismo y fascismo versus absolutismo comunista. No hay que olvidar que Berlín fue y sigue siendo un laboratorio de arte de los movimientos creativos de ese periodo, desde el romanticismo y el naturalismo hasta el postmodernismo.

Después de un periodo de sufrir la inmovilidad de la guerra fría y la parálisis de la historia, el milagro del derrumbe del muro acaba de provocar un periodo de excitantes actividades encaminadas a una transformación a fondo de Berlín en los próximos años. Estamos aún en la calma antes de la tormenta. Berlín muestra aún los rasgos de una comunidad engreída y provinciana bloqueada entre dos mentalidades en las que el muro sobrevive en las cabezas del Este y del Oeste, pero los músculos ya están tensos para acometer el futuro de la ciudad.

Berlín ha sido considerado uno de los centros del modernismo y de su manía de progreso. Y es cierto, la ciudad lleva la etiqueta de una capital de "sorpresa", una de las peculiaridades de la civilización europea desde la Primera Guerra Mundial, que a su vez fue etiquetada como la "gran sorpresa". Berlín se sintió orgullosa de ser la capital de la conmoción, del épaté des bourgeois, de la "revaloración de todos los valores", de una ansia escatológica e insaciable de novedad, de una "cultura del acontecimiento, de la acción, en vez de una cultura del significado o del mandamiento moral".²

Pero en primer lugar quisiera hablar de un factor estabilizador en la historia: del mito o la mitología. Creo contar para ello con la simpatía del público norteamericano "porque" -cito a Leslie Fiedler--"desde que los norteamericanos son norteamericanos, han sido habitantes de una mitología y no de la historia..."³ Y en el contexto de la mitología, voy a hablar de algunos aspectos del debate actual sobre centro y periferia a modo de modesta contribución al complejo campo de investigación de esta conferencia.

Las nociones de "mito" y en particular del mito del centro pueden contribuir al análisis de la situación actual de las aglomeraciones metropolitanas en general y en especial a comprender el destino específico de Berlín y cómo esa ciudad puede recuperar su urbanidad perdida.

"El muro en la cabeza de cada quien", ¿no es una maravillosa y pintoresca metáfora del actual estado psicológico de Berlín? Todos somos habitantes de la mitología. Según el historiador Egon Freidell, la actualidad es "una ilusión óptica". Refiriéndose al increíble año de 1989, el año de la sorpresa total y del milagro inesperado, Peter Handke habla de "la historia como el gran cuento de hadas del mundo, de la humanidad..."⁴

Me refiero al funcionamiento de nuestra percepción en conflicto con lo perceptible que constituye lo que denominamos "realidad". Por "mito" entiendo todo lo que cargamos con nosotros como nuestro bagaje mental y físico, nuestra herencia ancestral o genética, la herencia de nuestro pasado real y ficticio, de los actos creativos y de las invenciones colectivas del pasado como frutos de nuestra propia imaginación, introspección y proyecciones al futuro, de nuestros miedos y esperanzas. Nuestra constitución "mitológica" nos permite hablar del presente del pasado. Podríamos compararnos a tanques de tiempo que acumulan la "historia" adaptada a modo de leyendas personales. Esto nos obliga a preguntarnos en qué medida nuestro pensamiento y actuación, la conciencia de nosotros mismos y de los demás están determinados por la presencia o la ausencia visible o invisible, a preguntarnos sobre la esencia de la realidad... Pero parece obvio que nuestras vidas están dominadas por nuestras ideas y expectativas, por nuestra necesidad de permanencia y continuidad. ¿No son nuestros mitos por lo menos tan reales como las condiciones de nuestra existencia "real"? La caverna de Platón tiene para nosotros una sustancia concreta; en caso contrario, ¿cómo estaríamos en condiciones de abordar un mundo ficticio sometido obviamente a las reglas de la relatividad, la inmaterialidad y la virtualidad?.

La caída del muro de Berlín y del telón de acero nos ha hecho dar cuenta de la frontera mental a la que nos referimos como el "muro del tiempo". Las décadas de enfrentamiento con los mitos del Este y el Oeste europeos son causantes de desviaciones mentales, incluso en los individuos de una misma nación, que tienen por resultado —en el periodo de tal vez varias generaciones— otro mito en un tono diferente de sus recuerdos, estados de ánimo y emociones.

Otro ejemplo destacado es el "mito Berlín", la mitología misma del Berlín modernista que se centra en el punto cumbre de su cultura urbana en los años veinte, cuya esencia fue la exclusiva e irrecuperable simbiosis alemán judío. Es el mito de la ciudad-máquina, vista por los poetas y pintores expresionistas como una jungla: Moloch Berlín. Destruído y perdido para siempre, el mito de aquellos espléndidos años al borde del desastre acecha aún nuestra imaginación y nuestro deseo. Acecha la imaginación y el deseo de muchos de los que de uno u otro modo están involucrados en la remodelación de la nueva capital como si sus elementos dispersos tuvieran que volver a ser reunidos para reconstruir el urbanismo y la modernidad de Berlín en otro tiempo. Es el mito del centro.

El mito del Berlín de los años veinte corresponde a ese sueño de una metrópoli compleja —aunque no privada de la coherencia y unidad de la ciudad sagrada— cuyas cualidades

principales son la excelencia de su clase gobernante y de su inteligencia, la riqueza de su clase empresarial, la perfección de su industria y su artesanía, la diversidad de sus culturas, la atracción de sus instituciones, el magnetismo y el encanto de su vida nocturna y su mundo de placeres, la superioridad de sus delincuentes y sus fuerzas del orden, el descaro y la vivacidad de sus hombres y mujeres comunes, el atractivo de su paisaje ciudadano y la grandiosidad de su horizonte, en una palabra: la belleza e intensidad de la vida que promete. Esta visión de la metrópoli no es más que un mito anticuado del centro en oposición a sus contrapartes periféricas (o provincianas). El cliché, me crean o no, no puede ser demasiado simplón para introducirse a hurtadillas en la mitología colectiva.

La noción del "centro" tiene su origen natural en las cosmologías teo-geo-céntricas que desde hace mucho abolieron las ciencias naturales y hasta la teología. Aun así, esta idea se sigue resistiendo a la cancelación: parece que corresponde a una nostalgia inveterada del género humano. El mito identifica Centro y Significado, Centro y Valor. Desde el "Rey sol" hasta sus muchos seguidores, desde la Inquisición hasta el stalinismo, desde el "medio" burgués y el "justo medio" hasta el eurocentrismo y el milenio fascista, son innumerables los intentos de restablecer la desaparecida teocracia, intentos de instaurar una medida vinculante, una verdad para todos, exiliando o aniquilando todo lo que no encaja en esa visión parcial del mundo. Hemos de tratar con la ideología del o esto o lo otro. Las dualidades primarias se muestran en un nuevo disfraz: centro o periferia, metrópolis o provincia, Primer o Tercer mundo, corriente principal o bordes, lo medio o lo excéntrico, la escena o lo obsceno, etcétera.

El filósofo Gilles Deleuze nos dio una llamativa ilustración de lo que el código occidental identifica como la "medida": "ser humano, blanco, occidental, hombre, adulto, razonable, heterosexual, habitante de una ciudad y que habla un lenguaje estándar", posición "central" en oposición con la periférica de "mosquitos, niños, mujeres, negros, campesinos, homosexuales, etcétera."⁵ Trascendiendo esta ironía, Jean Baudrillard declara el fin de la obscenidad, al no haber ya ninguna "escena" que permita existir a lo "obsceno".⁶ Y en efecto, hay muchas pruebas de la decadencia definitiva, aunque lenta, de ese mundo del o esto o lo otro, de esos opuestos que se condicionan mutuamente.

Permítanme recordarles uno de sus más elaborados cantos de cisne. El conocido estudio de Hans Sedlmayr, *Verlust der Mitte* (El centro perdido),⁷ se publicó hace veinticinco años y despliega el escenario en Europa de una "catástrofe interna gigantesca" desde aproximadamente 1760, valiéndose del carácter "simbólico" del arte de 200 años de modernidad para develar la "enfermedad" de aquellos tiempos, cuyos síntomas son para el autor el "purismo" moderno, sus "polarizaciones", su "tendencia a lo anorgánico", su "separación del suelo" y, sobre todo, su tendencia a la "deshumanización". No cabe duda de que el libro es una anticipación profética de esta etapa de final de juego del modernismo trascendental y de su puesta en escena, su proyección a una nueva Edad de oro: el paraíso artificial de la humanidad moderna, un mundo transformado en un artefacto de usos múltiples por el poder racional y la superioridad del hombre occidental, donde la historia y el arte llegarían a su fin y la Naturaleza —siguiendo la visión hegeliana— quedaría definitiva y totalmente integrada al Espíritu. Una apoteosis del progreso occidental idealizado cuya interpretación más pura se puede encontrar en el reino del arte modernista euro-norteamericano. Condicionado por la filosofía kantiana de lo Sublime y el Genio, por

la visión escatológica hegeliana de una etapa meta y final de la historia, por la deificación que hizo Schiller del artista, escoltado por sus múltiples sucesores hasta la crítica de arte clásica norteamericana (la "teología formalista" de Clement Greenberg, para citar a Thomas McEvelley), el arte occidental estaba destinado a convertirse en una manifestación metafísica en vías a la integración final de Materia y Espíritu, reivindicando naturalmente la hegemonía universal, como lo deduce convincentemente Thomas McEvelley en su ensayo de 1987, *Art History o SacredHistory?*⁸ El anhelo de pureza inmaterial en las obras de Mark Rothko, Ad Reinhardt, Yves Klein, es un perfecto ejemplo. Pero el círculo más recóndito de lo Sublime y lo Sagrado está afectado por una serie de ejemplos excepcionales del American Land Art: piensen en los Earthworks de Robert Morris, en su Observatorio, y en la Colina espiral o el Rompeolas espiral de Robert Smithson, en Túneles de sol de Nancy Holt, en Campo de relámpagos de Walter de Maria o en Espacios de Luz de James Turrell. El arte como revelación de lo Eterno y lo Cósmico, el Arte que entra en el orden de lo Divino y deja de estar del todo aquí abajo. Viendo en retrospectiva el famoso manifiesto de Kandinsky *Über das Geistige in der Kunst* (Sobre lo espiritual en arte, publicado en 1912) y su referencia a las "leyes cósmicas" en arte, se está cerrando un círculo. El modernismo culmina y termina en una manifestación trascendental del "Centro". El mito del centro, relegado al distrito provinciano de la corriente principal euro-norteamericana, se ha mutado finalmente en una condición etérea, de acuerdo quizás con el segundo axioma de la termodinámica que dice que la energía se transforma en una forma sin condensación e inútil.

Volviendo a nuestros confines urbanos, estamos de nuevo en la tierra y en la esfera material del aquí y ahora. Pero nuestro mito todavía acecha la imaginación. Persiste en las mentes de los que planifican la ciudad de Berlín con nada menos que la reconstrucción del antiguo centro de la ciudad.

Pero para nosotros los europeos es difícil imaginar una ciudad sin un centro. Desde el siglo XIII, cuando nuestras ciudades fueron cobrando lentamente la forma en la que aún habitan nuestras mentes, crecieron con la mayor naturalidad en torno a centros dominados por la iglesia —una cúpula, un basílica o una catedral— a la que pronto se unió el ayuntamiento, rodeado por el mercado, el foro abierto de la ciudad. Es una imagen que resiste los estragos del tiempo. Permítanme referirme al ejemplo de Amos Oz, un autor nacido en Israel de padres inmigrados de Europa Central y que dijo al muchacho de sus esperanzas que un día Jerusalén se convertiría en una "auténtica ciudad", es decir, en una ciudad con su catedral ubicada cerca de un río con puentes y rodeada de densos bosques.⁹

Pero estamos obligados a darnos cuenta del alto significado simbólico que contienen las sistemáticas destrucciones de Berlín, capital del Tercer Reich, con el nuevo supercentro "Germania" planeado por Albert Speer; el bombardeo sistemático de los centros históricos de las ciudades alemanas por las fuerzas aliadas; la explosión realizada por Ulbricht del Palacio Municipal de los Hohenzollern en Berlín; significado plasmado en el hecho de que lo que queda de los centros históricos de las ciudades europeas se mantiene sobre todo como museo para explotar a las multitudes de turistas cada vez más numerosas. Definitivamente, el centro está perdido.

Ahora hemos de recordar la situación particular de Berlín. En la distancia crítica que toma respecto a la ciudad en apogeo, el escritor e historiador Wilhelm Hausenstein dijo en los años veinte: "Paris es un jardín, Bruselas florece, Antwerp prospera, pero Berlín se presta al análisis. La ciudad no nació, se fabricó a sí misma". Califica a Berlín de ciudad "exenta", y en efecto, a diferencia de sus hermanas europeas, Berlín no ha crecido bajo la influencia de la iglesia o a la sombra de una catedral. La formación del "gran Berlín", la zona más extensa de Berlín, a partir de un conjunto desparramado de pequeñas comunidades independientes (7 municipios y 59 comunidades rurales) no antes de 1920, fue un acto laico que creó 20 administraciones, cada una de ellas bajo la responsabilidad de un alcalde y un parlamento locales: una aglomeración multicéntrica.

Berlín ha conservado su característica excepcional de ciudad de muchos roles particulares: crisol y capital multicultural de Prusia, ciudad del kaiser y "Berlín rojo", la ciudad alemana obrera e industrial más grande, ciudad bajo el estatuto de las cuatro potencias y "ciudad del frente", ciudad dividida del muro y escaparate de Occidente, capital de la República Democrática y del movimiento estudiantil, etcétera. Y de nuevo, la capital de Alemania, impugnada y hasta sabotada por amplios grupos de la administración federal de Bonn. Su carácter abierto, tolerante, múltiple, prospectivo, es más, progresista, predestinó a la ciudad a convertirse en uno de los centros del modernismo, provocando la reacción de las fuertes fuerzas conservadoras: un ejemplo excepcionales la erección de la cúpula de Berlín a partir de 1894 por el kaiser Guillermo, su identificación de la corona de Prusia con el cielo, y censurada de inmediato por el Berlín modernista como declaración de guerra, como "arquitectura maligna, triunfo de lo ya pasado", en palabras de Alfred Lichtwark (historiador del arte de Hamburgo y museógrafo). La cúpula, restaurada más tarde, es obviamente una prefiguración fatal del Gran salón de Albert Speer (GrosseHalle), la culminación de la transformación masiva de Berlín proyectada como el centro fascista del mundo.

Tuvimos que entrar en las zonas post y post postmodernitas para finalmente darnos cuenta de un paisaje mental en un cambio radical. A principios de los años setenta, Octavio Paz anunció junto con la muerte de la vanguardia el fin de la Utopía modernista.¹⁰ Voy a citar un texto escrito veinte años antes por el crítico de arte norteamericano Thomas McEvelley: "...el globalismo de los años noventa... se basa en el reconocimiento de que la historia del arte que se había promulgado hasta entonces ya no coincide con el mundo en que vivimos. Para corregir el capricho, parece necesario un giro fundamental en los modos occidentales de conocimiento... La cultura occidental tomó el paradigma de sus ciencias y, en consecuencia, aquél tenía que ser el del Yo universal: ninguna cultura occidental iba a ser totalmente Otra. La idea de adoptar un enfoque antropológico respecto a la cultura propia el tratamiento de la propia cultura como si fuera un otro- hubiera parecido subversivo. Pero ahora muchos antropólogos occidentales han llegado a reconocer que su meta es arrojar luz tanto sobre su propia cultura como sobre otras, luz que debe provenir, al menos en parte, de afuera... El objetivo de este ejercicio es la relativización de cualquier cultura, la percepción de que no es un absoluto, sino sólo un acercamiento entre muchos al proyecto humano y compartido de civilización.¹¹ (Hace poco, Ronne Heartfield expuso puntos de vista similares sobre el criterio mutable en relación con la publicación y la educación pública).

Hoy se escuchan con más frecuencia las campanadas del funeral del difunto mito del Centro a medida que aumentan los cantos de bienvenida a los códigos de apertura y diferencia, saludando el redescubrimiento de un mundo diversificado de culturas, centros y verdades. La producción de sentido parece que se ha desplazado definitivamente a las autoridades periféricas, a los individuos creativos y a los grupos marginales.

"Nunca antes —observa el antropólogo francés Marc Aug— la historia individual ha estado tan influida por la historia colectiva, pero nunca antes los medios de orientación de la identidad colectiva han sido tan fluidos como hoy. De ahí que la producción individual de significado sea más indispensable que nunca antes".¹² Y el filósofo inglés Michael Dummett llega a dudar incluso del supuesto filosófico de un centro, describiendo su método con la imagen del laberinto con sus múltiples callejones sin salida y la posibilidad de tal vez descubrir nuevos e inesperados caminos.¹³

Las oportunidades y los retos seculares de los urbanistas de la ciudad de Berlín están amenazados por una profunda desorientación entre el centro vacío de significado, su inagotable mitología y la oscura imagen del futuro de la gran ciudad. Vivimos lo que expresa la palabra náhuatl *nepantla*, un estado en el que se ha dejado atrás un mundo y aún no se ha entrado en otro: confines creativos de transición. ¿Podrán aprovecharse aún las oportunidades únicas de la situación abierta de Berlín?

Somos testigos de un panorama bastante triste y perturbador. Como en este texto no puedo profundizar en los detalles, les brindo un catálogo condensado de algunos de los hechos.

* Junto al nuevo plan de desarrollo urbano de la zona metropolitana de Berlín (*Flächennutzungsplan*), hecho a toda prisa después de la caída del muro, no hay ningún concepto ni filosofía general para la remodelación de la ciudad por parte de los muchos implicados en Berlín.

* Como nadie creía que íbamos a ver en nuestras vidas la reunificación alemana y como la antigua-nueva capital sólo ha sido alabada de boca para fuera en los discursos dominicales políticos occidentales, en Bonn se carece de conceptos para transferir las funciones políticas a Berlín. Peoraún: en Bonn, una numerosa minoría sigue saboteando a Berlín. De las altas y bajas de ese interminable debate se pueden extraer con claridad sólo dos decisiones: un buen número de ministerios y sus funcionarios permanecerán en Bonn para confortar a esa ciudad, aunque todos saben que sólo se trata de una disposición provisional que aumentará mucho los costos.

Los ministerios que se trasladen ocuparán el centro histórico de Berlín, transformándolo muy probablemente en una zona de seguridad altamente vigilada. ¿Dará la bienvenida el soberano democrático, excluido de toda codecisión en el proceso, a la nueva jerarquía de su clase gobernante? Es muy poco probable.

* El centro histórico de Berlín es el objeto general de deseo. Un núcleo de algunos arquitectos poderosos, asistidos por el jefe responsable de la construcción de los edificios públicos (*Stadtbaudirektor*), se propone restaurar el "plan histórico fundamental" mediante un método de "reconstrucción crítica". Al evitar cualquier concepto en perspectiva, este

equipo de poder del "segundo Gründerzeit de Berlín" tiene mucho en común con el primero, los años de la expansión rápida de Berlín entre 1874 y 1914. Las noticias de los planes alimentan todas nuestras sospechas de que prevalecerán la uniformidad y la monotonía en el aspecto general de la ciudad. Más aún puesto que otros conceptos arquitectónicos más inventivos están excluidos del concurso y la participación, en especial los que corresponden a la apertura y libertad de expresión, al pluralismo y la descentralización adecuados para Berlín y su futuro desarrollo urbano.

* Estas maniobras de los planificadores —bautizadas como un movimiento "que retrocede al futuro"— son una especie de acción concertada con la nueva confianza en sí misma de que goza la clase política de la gran Alemania, con su deseo de orden y representación nacional, con su falta de imaginación y su necesidad de seguridad. Este es el aspecto más alarmante de la alianza: una arquitectura para la nueva superpotencia europea.

* De carácter más burlesco es el debate en torno ala definición del verdadero núcleo de la ciudad: el lugar del antiguo Palacio de la ciudad construido a partir de 1699 por Andreas Schlüter, dañado durante la guerra y destruido por las autoridades comunistas en 1950, sustituido por el Palacio de la República de la República Democrática, y que espera, nada estimado, su turno a acabar de ser destruido. En cierto momento, el ministro de Relaciones Exteriores tuvo un coqueteo con el lugar privilegiado.

Aparentemente hay algunas posibilidades de que prospere el cabildeo para la reconstrucción del Palacio Schluter, "un gigantesco paquete de decepción... Por fuera barroco, por dentro grandes negocios", comentó la prensa.

Hay planes para una "Stadthaus", una casa de la ciudad, sin definir su contenido: ¿para quién y con qué fines existiría?

El desalentador conflicto en torno a ese centro más interno de la ciudad pone de manifiesto con mayor claridad que cualquier otro aspecto de la planificación de la ciudad la imposibilidad de definir un Centro significativo de nuestras complejas comunidades y sus identidades difusas.

La planificación de la ciudad dirigida por los gastados paradigmas de jerarquía y significado hegemónico sólo tendrá por resultado la creación de conjuntos de bloques solitarios y de edificios carentes de auténtica vida y significado, rodeados por espacios vacíos e inhóspitos, "espacios comente de aire" como se quejó alguna vez el arquitecto francés Gagés pensando en La Defensa de Paris. ¿Por qué Berlín no aprovecha la oportunidad de reinventar "espacios de paseo", espacios para el paseante? ¿Por qué ha de repetir Berlín los errores cometidos por los arquitectos y los urbanistas norteamericanos, franceses y japoneses? ¿Hay salidas fáciles del problema?

No muchas si tenemos en cuenta la naturaleza humana, su infiltración con la "mitología", su tendencia a los juegos de poder, su ceguera voluntaria frente al futuro.

No muchas si tenemos en cuenta el embrollo de competencias en el sector de la construcción, la carrera de obstáculos a través de la burocracia de la construcción y su

legislación inflada, considerando la falta de redes entre los agentes y las administraciones interesadas en el sector municipal y federal, las zonas políticas, sociales y estéticas.

No muchas si pensamos en la decreciente población alemana y en la falta de un ley auténtica respecto a la inmigración, que garantiza a la mayoría de los 7 millones de habitantes no alemanes (de los que 382 800 viven en Berlín) el estatuto de ciudadanos de segunda clase, y si pensamos en la persistente xenofobia de mi país: ¿son estos elementos adecuados para reconstruir una metrópoli cosmopolita?

Bien, el reto que nuestras sociedades enfrentan es enorme después del derrumbe de los sistemas, del Este-Oeste, del orden del mundo derecho-izquierdo, de la comodidad de confrontar cualquier duda sobre nuestra propia situación.

Para concluir quisiera destacarle a un autor que he citado al principio, el sociólogo Ulrich Beck, cuyo análisis de nuestra presente situación encuentro particularmente iluminador. En la introducción a su reciente libro "La invención de lo político",¹⁴ el autor se refiere a Vassily Kandinsky, quien en 1927 publicó un artículo con el simple título de "Und", "Y". Kandinsky explica que, mientras que el siglo XIX había estado dominado por el o esto o lo otro, el siglo XX tendrá que trabajar y elaborar el "y".

División, especialización, lucha por el orden, la evidencia, el control y una imagen lineal y calculable del mundo allí-aquí: lo global y lo múltiple, la incertidumbre, el experimento del intercambio, del tercero incluido, de la síntesis y la ambivalencia. "...el mundo del o esto o lo otro", expresa Ulrich Beck, "en el que pensamos, actuamos y vivimos (yo subrayo: aún pensamos, actuamos y vivimos), se ha vuelto equivocado".

Sea cual sea nuestra actitud —receptiva o de rechazo de la globalidad, difusora y abierta al "y"—, ya estamos involucrados en los conflictos y experimentos de un mundo que va más allá del o esto o lo otro... Lo que Kandinsky consideró la tarea del siglo XX, se transmitirá al siglo venidero: la cuestión del "y".

En un artículo para el Stiddeutsche Zeitung en julio titulado "La ciudad abierta",¹⁵ Ulrich Beck aplica este nuevo punto de vista al estado y desarrollo actuales de nuestras aglomeraciones urbanas. Permítanme darles algunos elementos de este artículo: el autor intercede por una arquitectura alternativa del "ámbito público", del ínter espacios para crear una nueva identidad social. El tema es renovar la idea de "comunidad" dentro del espacio público y su colapso. A fin de revitalizar los centros muertos de nuestras ciudades, la ciudad del "y" tendrá que crear "espacios acogedores" (Renate Schutz) que hagan posible lo que ahora está excluido: la intimidad y el anonimato, la comunidad y la libertad. La ciudad del "y" emprende el desarrollo del modernismo radical, lo cual significa una nueva definición de lo social en un mundo que es al mismo tiempo globalizado e individualizado. La ciudad del "y" tendrá que ofrecer los medios de crear "comunidad" en una "ciudad de individuos" para crear la democracia urbana. Tendrá que proporcionar "espacios de mentalidad abierta", como ha propuesto denominarlos el académico norteamericano Michael Walzer. Y por último aunque no menos importante, la tarea es la reconciliación de modernismo tecnológico y ecología a fin de desarrollar la urbanidad futura.

Si Berlín y sus potenciales de mentalidad abierta tuvieran prioridad contra las tendencias fatales de exclusión y pompa nacional, de una mentalidad de apartheid, de una arquitectura de alta seguridad y emergencia, etcétera, la ciudad estaría predestinada, por sus mismas tradiciones, a convertirse en un taller para la renovación del urbanismo, para el descubrimiento de los elementos de una futura mitología de nuestras ciudades con la que estamos ansiosos de identificarnos. Mi profundo deseo es que Berlín nos sorprenda a todos del modo más positivo.

¹ Ulrich Beck, "Die offene Stadt", *Süddeutsche Zeitung*, 2-3 julio, 1994.

² Modris Eckstein, "Der Grosse Krieg", en el catálogo *Die letzten Tage der Menschheit*, Berlin 1994.

³ Leslie Fiedler, "Cross the Border, Close the Gap".

⁴ Peter Handke, "Versuch Ober die Jukebox", 1990.

⁵ Gilles Deleuze, "Philosophie et minorité", en *Critique*, 369, 1978.

⁶ Jean Baudrillard, "La scène et l'ob-scène".

⁷ Han Sedlmayer, *Verlust der Mine - Die bildende Kunst des 19. und 20. Jahrhunderts als Symptom und Symbol der Zeit*, Salzburgo 1948, 17ava edición, 1991.

⁸ Thomas McEvelley, en *Art and Discontent - Theory at the Millenium*, Nueva York, 1991.

⁹ Amos Oz, "Brief aus Arad", en *Bericht zur Lage des Staates Israel*, Frankfurt/Main, 1992.

¹⁰ Octavio Paz, "La muerte de la vanguardia", 1972. "

¹¹ Thomas McEvelley, *Art & Otherness - Crisis in Cultural Identity*, Nueva York, 1992.

¹² Mar Augé, *Orte und Nicht-Orte - Von Überlegungen zu einer Ethnologie der Einsamkeit*, Frankfurt/Main, 1994.

¹³ "Un entretien avec Michael Dummett, de Roger-Pol Droit, *Le Monde*, 11 de octubre, 1994.

¹⁴ Ulrich Beck, *Die Entdeckung des Politischen*, Frankfurt/Main, 1993.

¹⁵ Ulrich Beck, "Die offene Stadt", *ibid.*

Traducción: Isabel Vericat

